

necesidades en la puerta de la Escuela de Bellas Artes, se pone agresivo, pesado, capaz de hacerle perder la paciencia al más santo, ¿y vamos después a vislumbrar en los encabalgamientos de sus poemas una raíz psicológica? No, de ninguna manera. Y la poesía es, por mandato del allá, mucho más sencilla: sueño, sonido, escapatoria, tajo, encierro...

Finalmente, ¿valió la pena la publicación de *Los últimos pasos...*? La respuesta es afirmativa. Por la cantidad de nombres que allí se juntan, todo futuro estudio —serio, hay que recalcar— sobre los últimos meses de Gómez Jattin ha de volver a estas páginas. Y desde ellas ha de iniciarse una pesquisa (que llegaría hasta La Habana) con entrevistas, recopilación de textos dispersos entre diferentes personas (por ejemplo, los estudiantes —cf. págs. 50 y 69— que no aparecen identificadas en el libro y que le compraron poemas en hojas, como quien compra cigarrillos sueltos) y testimonios que tengan que ver estrictamente con el quehacer poético. ¿Dónde escribiría el poeta los textos de ese libro “que tenía madurado ya en mente y que pensaba terminar entre agosto y septiembre próximos, y trataba del diálogo entre un poeta y un psiquiatra”? (pág. 53) ¿Serían los poemas de *El libro de la locura*? Es muchísimo lo que se podría recopilar gracias a Marinovich Posso. Hasta los silencios se transforman en testimonio potencial.

Los últimos pasos vienen a ser, en realidad, los primeros.

EDGAR O'HARA  
Universidad de Washington  
(Seattle)

1. Presentación de Daniel García Helder a la selección de poemas de *El libro de la locura*, publicado póstumamente. *Diario de poesía* [Buenos Aires/Rosario], núm. 56, verano 2000/1, pág. 13.
2. *Retratos / Amanecer en el valle del Sinú / Del amor*, Bogotá, Guberek, 1988.
3. Sobre la identidad personal o confundida con la ajena (para no hablar del tema de la madre, por ejemplo), podríamos citar versos del primer libro (*Re-*

*tratos*) de la trilogía de Gómez Jattin: “Es un hombre que siempre es mejor que uno” (pág. 22); “Altanera multitud que quería imponerme / una verdad no hecha a mi ser ni mi medida” (pág. 44); “¿Por qué Beatriz y su voz y sus canciones / no cabrán íntegras / dentro de mí / Para salvarlas aún / de su propio peligro de ser ellas mismas?” (pág. 53); “Catalina es un corazón de viento / y el viento quisiera serlo yo” (pág. 57); “como las alas de un ángel de metal / forjado por él mismo y que es él mismo” (pág. 58); “Si es mi vida una reunión de ellos / que pasan por su centro y se llevan mi dolor [...] Siendo ellos y siendo a veces también yo” (pág. 59). Y bien, esto no demuestra nada, salvo que uno expresamente crea (ni siquiera con una intención analítica) que el yo que se expresa en un texto literario equivale al yo del autor. Podemos, por supuesto, aceptar estos “signos” como una confidencia tangencial, una simple información venida de la poesía y que regresará únicamente a ella.

4. Para los amantes absolutos de esta forma (o género, si hemos de hacer la vista gorda), les recomiendo ipso facto los volúmenes de Julio Ramón Ribeyro: *La tentación del fracaso*, publicados en Lima (por Jaime Campodónico editor) en el decenio pasado. Incomparables.
5. Cf. Boletín Cultural y Bibliográfico de la Biblioteca Luis Ángel Arango [Bogotá], núm. 32, 1993, pág. 94.
6. La lista de Marinovich P. (“los que me animaron y me colaboraron”, pág. 9) incluye sólo a personas de oficios reconocidos o de reputación pública.

## Narradores vallunos

### El Divino y la crisis de valores. Un recorrido histórico por el Valle del Cauca a través de seis novelas

Ana Julia Hidalgo Zapata

Gerencia para el Desarrollo Cultural,  
Gobernación del Valle del Cauca, Cali,  
1998, 152 págs.

La disputa es vieja: ¿debe el Estado fomentar la cultura aun a pesar de la cultura misma? O, dicho de otra forma, ¿debe el Estado constituirse en patrono de cualquier empresa intelectual o artística, por mediocre que ésta sea? No diré que la administración colombiana sea la única que publica cualquier cosa con tal de publicar, o premia cualquier cosa con

tal de premiar. Pero ese afán de responder a las acusaciones de indiferencia gubernamental no puede conducir a la ignorancia de los más elementales requisitos. Es decir, el fomento de la actividad de investigadores y docentes no puede ser excusa para que el ente que fomenta se convierta en idiota estético.



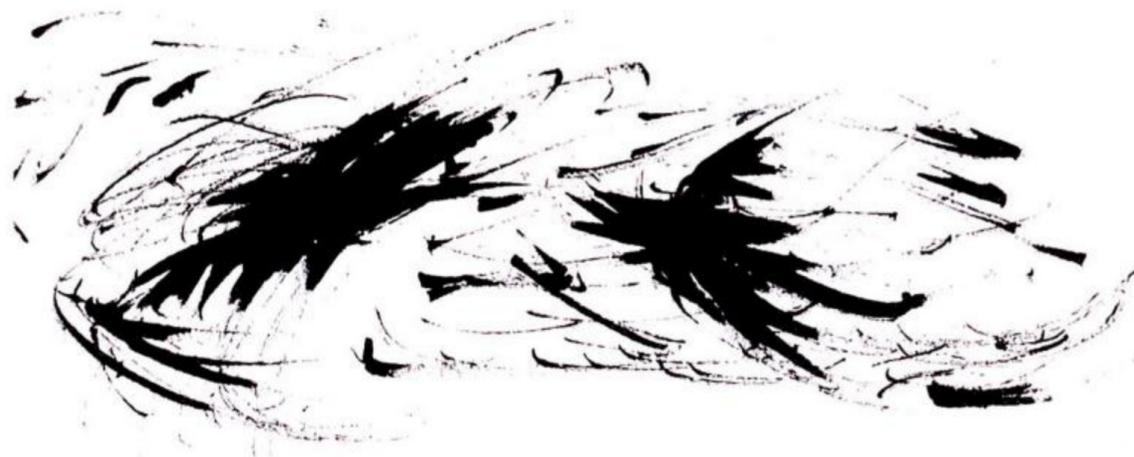
El bienintencionado estudio de Ana Julia Hidalgo Zapata no satisface, sin embargo, ningún criterio intelectual ni artístico, y siempre ignoraré las razones que llevaron a este texto para bachilleres a convertirse en libro publicado. No hablaré de sus párrafos repetidos, ni de los inagotables errores de ortografía, porque lo primero es responsabilidad de los editores, y lo segundo, en estos tiempos en que novelistas de éxito ignoran las leyes de la hache y de la zeta, sólo delata la inexistencia de un corrector de pruebas. Pero la gramática no se ha asomado por este libro. Para quienes creen, como yo, que la verdad de un texto ensayístico es directamente proporcional a su orden gramatical y sintáctico, un libro como éste fracasa desde su primera página. Una redacción viciada necesariamente vicia el argu-

mento, ya por volverlo opaco, incomprensible o confuso, ya por reducir la retórica —que debería ser eficaz y elegante— a enunciados superficiales y casi infantiles. Es imposible intentar, por más intensa que sea la fe del lector, comprender una idea cuando en su exposición se incurre en tantos errores de concordancia como es humanamente posible. “El conjunto de expresiones a la que ella remite”; “Desde la independencia de España la sucesión de guerras han llegado hasta nosotros”; “No son los valores lo que cambian”; “Esta participación de cargos de segundo rango debían crear en la clase dominante en clase española (sic) categorías y compartimentos (sic)”. Por supuesto, todos los dolorosos subrayados son míos.

nada. Pero el rigor, ahora mismo, es menos del caso que esta simple afirmación: la novela como obra de arte es un fin en sí misma; repugna a su naturaleza considerarla al servicio de cualquier entidad; y, por sobre todo, creerla al servicio de la sociedad es ingenuo y además peligroso. Quienes busquen en una novela un juicio cualquiera, sea implícito o explícito, sea de comportamientos individuales o grupales, estarán (dicen que dijo Picasso) ladrándole al árbol equivocado. Pero, además, estarán pervirtiendo los propósitos del escritor, que podrán llamarse indagación, pregunta, cuestionamiento, mimesis o como se quiera, pero nunca respuesta, ni solución, ni demostración, ni moraleja. Isaacs se revolcaría en su descanso si supiera que

cio opuesto, que mata y embalsama la novela igual que el anterior pero que es harto más fácil: a partir de una cita evidente formula una verdad de perogrullo, y de esa síntesis macabra extrae la impostura de un razonamiento o de una conclusión. Al final, resulta que las novelas escogidas como material de disección —*El alferez real* (Alféres en el índice), *María*, *Viento seco*, *Cóndores no entierran todos los días* y *¡Que viva la música!* (¡Qué viva la música!, en el índice)—, las novelas escogidas, digo, no se enfrentan demasiado a las intenciones de la ensayista, pues se trata, en casi todos los casos, de novelas mediocres, de ideología evidente y de escritura poco lograda. Pero a esta crítica no le interesan ellas, sino el texto que las analiza.

Refiriendo el método de una parte habré referido el método de todo el texto. (En una propaganda de bolas de tenis, se dice: si usted ha visto una, las ha visto todas). La cosa funciona así: el apartado *El papel de la mujer y el amor* se abre con una cita de *El alferez real*: “Yo no podré jamás casarme con usted: bien sabe cuales (sic) son las exigencias sociales y bien conoce el carácter de mi padrino; él no otorgará mi mano sino a un hombre que presente ejecutorias de nobleza y que sea rico”. Sigue la verdad extraída a la fuerza de la cita: “El anterior párrafo de la novela indica cómo durante la Colonia se impuso la imagen de la mujer que su futuro estaba relacionada con el estado social y su origen étnico”. A pesar de la redacción lamentable, el lector más juicioso intuye que Hidalgo Zapata quiso decir algo como esto: durante la Colonia se impuso, entre las mujeres, la idea de que su futuro estaba condicionado por su estado social y su origen étnico. Enseguida, la autora expurga las otras novelas, en riguroso orden de aparición, para buscar una frase que demuestre en qué andaba la mujer en el tiempo en que la novela fue escrita. Los ejemplos son tan elementales como el anterior, y su profundidad es nula. El mismo método fue seguido para analizar *La religión y los valores morales* y *La familia*, y



Pero vayamos al fondo. El ensayo se propone rastrear la agonía de los valores de la sociedad del Valle del Cauca. O tal vez se proponga realizar, como lo indica la nada despreciable sugerencia de su título, un recorrido histórico por el Valle del Cauca. El método utilizado para cualquiera de las dos indefinidas empresas es el análisis novelesco, pues “toda ficción se considera como un instrumento al servicio de la sociedad”. Lo cual justifica, sin duda, la siguiente declaración: “Buscamos en cada novela el juicio explícito o implícito de comportamientos individuales y grupales”. Considero antes que nada la primera sentencia: en ella está comprendida la equivocación sustancial del libro. Ninguna ficción es un instrumento, no sólo por el carácter final y autosuficiente de la obra de arte, sino porque, en rigor, la obra de arte no sirve para

su *María* no se lee más que para utilizarla como testigo de excepción del pasado: para demostrar lo que pensaban los vallecaucanos de la época acerca del sexo y de la religión y de la mujer y del matrimonio. “Se ha aplicado la literatura a la ética y viceversa con el fin de revelar una parte de nuestra realidad colombiana”, se lee en la conclusión. Puesto aparte el desacuerdo esencial que tengo con quienes intentan usar la literatura como crema protectora, aplicándola a otras disciplinas, es necesario señalar la intención declarada de que esa aplicación revele una parte de nuestra realidad colombiana (lo cual se me antoja una especie de pleonasmos: ¿qué otra realidad colombiana, si no es la nuestra?). En efecto, uno de los vicios más nocivos de la academia es forzar el texto, haciéndolo decir lo que no dice. Hidalgo Zapata ha optado por el vi-

será seguido para lo referente a *Violencia y desarrollo humano*. En cada apartado, Hidalgo Zapata ha creído que la caza consecutiva de citas es igual que el análisis de una evolución. También hay novelistas que creen dar la sensación del paso del tiempo cuando narran lo que ocurrió a las seis, a las siete y a las ocho.



Nunca sabré por qué a ciertos investigadores les está prohibido exponer ideas en un párrafo continuo y articulado. Eso los obliga a frases cortadas de dos o tres líneas que conforman, ellas solas, un párrafo entero. Pero, si no hay siquiera ideas en el texto, si cada párrafo es la ilustración perfecta del lugar común y resulta, además, la dicha de los cazadores de gazapos, parece que quejarse es inútil o por lo menos insensato. Los conceptos importantes le han quedado grandes a la autora; ella ha decidido reducirlos hasta hacerlos caber en este ensayo de bachiller, en el cual la literatura es apenas un casual objeto de comentario, una víctima de glosas simples.

Las opiniones anteriores podrían ser consecuencia de intolerancia o de amargura. Si así fuera probado, al reseñista le será admitido por lo

menos el siguiente reproche: puede haber mala ortografía, gramática lamentable, ideas superfluas; pero más grave que todo eso es el poco cariño que esta ensayista le tiene a sus libros.

JUAN GABRIEL VÁSQUEZ

## Colombiano escribe sobre rusos

**El erotismo del cielo.**  
**Una introducción a la historia social de la literatura rusa moderna**  
 Henry Luque Muñoz  
 Manizales, Editorial Manigraf, 1999,  
 151 págs.

La literatura rusa del siglo XIX se ha convertido hace tiempos en uno de los capítulos fundamentales de la historia de la cultura universal moderna. El interés que despierta —contrariamente a lo que se podría pensar— no está en un presunto exotismo sino, por el contrario, en la manera como muchos de los escritores de ese país lograron expresar problemas centrales de la modernidad occidental.

Iván Turguénev introduce, en su novela *Padres e hijos*, el término *nihilismo*, que posteriormente sería fundamental en la filosofía europea. Dostoievski, en *Los hermanos Karamázov*, muestra, con su celebre frase según la cual si Dios no existe todo está permitido, todo el desgarrón ético y vital que implica el fenómeno de la secularización, que llegó a uno de sus puntos culminantes en el siglo XIX.

Los dos casos anteriores constituyen sólo dos ejemplos que tal vez sean sintomáticos de un curioso proceso de diálogo entre Rusia y Europa occidental que sospecho que, al menos en el mundo de lengua española, no ha sido lo suficientemente estudiado.

Los grandes autores rusos, desde Nicolái Gógol hasta Vladímir Nabokov, nos llegan como caídos de una

región que desconocemos y que consideramos tremendamente lejana y, sin embargo, nos hablan de temas y problemas que sentimos tremendamente cerca.

Sin duda, un trabajo que ayudará a iluminar el mundo social en el que se desarrolló la obra de estos escritores contribuiría a llenar ese vacío. Por eso, la llegada a mis manos del ensayo de Henry Luque Muñoz —*El erotismo del cielo. Una introducción a la historia social de la literatura rusa moderna*— despertó en mí una gran expectativa que, lamentablemente, no llegó a satisfacer plenamente.

La inevitable brevedad del ensayo —producto de un curso de tres días dictado en Manizales— podría servir de disculpa parcial a sus debilidades. Sin embargo, tengo la impresión de que el problema no estuvo tanto en la brevedad como en el no saber seleccionar los temas fundamentales y perder demasiado tiempo con asuntos que hubieran podido omitirse, darse por sobreentendidos o ser enmarcados dentro de otros aspectos de mayor relevancia.

Especialmente el primer capítulo, titulado “La pasión de la Rus”, es absolutamente desesperante en ese sentido. Ya el comienzo, pone al lector en guardia frente a los prolegómenos que lo esperan:

“Las raíces de la literatura rusa moderna, se remontan a la influencia ortodoxa griega y aun tiempo atrás” (pág. 1).

Con igual derecho, se podría decir que el origen de toda literatura se remonta a los tiempos del origen del lenguaje, pero el que quiera hacer una historia de cualquiera época literaria partiendo de esa base corre el riesgo de perderse por el camino en los laberintos de la etnología.

Luque Muñoz se pierde en los laberintos de la historia guiado por conceptos que guiaron historias nacionales de la literatura en el siglo XIX y que actualmente están en entredicho. Luque Muñoz habla del “alma rusa” como Menéndez y Pelayo hablaba del “espíritu español” y tiende a interesarse por lo que presuntamente diferenciaría a Rusia del resto de Europa. El primer